

# UN VACIO EN LA POLITICA MILITAR FRANCESA

Por  
**EDUARDO  
HARO  
TEGLEN**

UN accidente de aviación ha hecho desaparecer la primera cabeza pensante de la estrategia militar francesa: el general Charles Ailleret, jefe del Estado Mayor de los tres ejércitos. El pensamiento militar francés es extremadamente complejo. Lo es en cualquier país, como consecuencia del velocísimo progreso de las armas técnicas y de los conceptos de ataque y defensa, que desbordan continuamente las concepciones antiguas, y por la convivencia de jefes de muy distintas edades, actores de muy distintas guerras, lo que produce contradicciones en el contraste de opiniones empíricas. En Francia, el problema se agudiza por una situación política singular: la falta de especialización en el enemigo. Un vistazo a la historia nos puede mostrar que, en cada época, cada país se ha especializado en un enemigo concreto: ha calculado de dónde podían venir los ataques y hacia dónde podía dirigirlos. Una excepción son las épocas imperiales, en las que el enemigo es prácticamente el mundo conocido —hasta los aliados son dudosos—; pero en esas épocas, el país imperial tiene una fuerza militar enorme, está todo él militarizado y, en suma, sostiene una especialización imperial. En la historia contemporánea, Francia se había especializado en las guerras contra Alemania —tres mayores en el espacio de un siglo— y en las expediciones coloniales. La postguerra la hizo aliada de Alemania y la obligó a retirarse, poco a poco, del espacio militar colonial; su pertenencia a la Alianza Atlántica la forzó a especializarse en un enemigo que hasta entonces había sido su aliado histórico en numerosas guerras —hasta la última—, Rusia. La reconstrucción militar francesa durante la IV República, que tomó desde 1954 la decisión de fabricar bombas atómicas dentro de la Alianza Atlántica, está construida sobre la base de que el enemigo en potencia es la URSS, y los vectores que han de transportar esas bombas están contruidos e ideados en virtud de las relaciones geográficas entre los dos países. Sin embargo, a partir de un cierto momento, a partir de la toma de poder por el general De Gaulle, esta especialización en un enemigo supuesto comienza a variar. Desde noviembre de 1959, el general De Gaulle comienza a definir la «force de frappe», «susceptible de desplegarse en cualquier momento y en cualquier lugar», independiente de las conveniencias de una alianza («es preciso que la defensa de Francia sea francesa») y, desde luego,



basada en el arma atómica. Esta es la frase que el general Ailleret empleaba hace unos meses y que provocó una tempestad política: «Defensa en todos los acimuts». En esta brevísima fórmula se encierran varios conceptos modernos. En primer lugar, cesa la suposición estratégica de que los puntos de ataque proceden de una superficie plana: pueden, ahora, partir del espacio. En segundo lugar, cesa la suposición de un enemigo permanente y entra la idea política de que todo el mundo puede ser un enemigo. En tercer lugar, se plantea la teoría del contra-imperio: si en una época imperial el enemigo colectivo es un objeto al que atacar, en esta época francesa se trata de defenderse contra todos. Aunque evidentemente en nuestros días los conceptos de ataque y de defensa ofrecen escasa variedad real y pertenecen más al dominio del lenguaje que al de la realidad. De una manera concreta, lo que Ailleret reclamaba de



Ailleret, jefe del Estado Mayor francés de los tres ejércitos. Un general «intelectualista» que gustaba, sin embargo, aparecer como un paracaidista. Ailleret ha muerto recientemente en un accidente de aviación. Su puesto, difícil de cubrir, es ocupado interinamente por el general Cantarel.



los presupuestos y de los investigadores militares franceses era un vehículo capaz de llevar la bomba atómica no sólo a Moscú, sino a Pekín; no sólo a Pekín, sino a Washington. Hace unos años se contaba en París, a manera de anécdota, que los cerebros electrónicos que habían sido consultados acerca del primer punto que debían bombardear los sistemas franceses «de disuasión», en caso de que se plantease una guerra mundial, habían respondido: «Los Estados Unidos»; esta anécdota se ha ido convirtiendo poco a poco en una realidad de la política militar francesa.

No parecía que esta aspiración de Ailleret pudiera ser cumplida pronto. Los bombarderos «Mirage IV» tienen un alcance de 4.000 kilómetros, pero son muy vulnerables. Debían ser sustituidos, a partir de este año, por cohetes; quizá los 25 primeros estén ya en disposición de ser ensayados. Pero estos

cohetes «SSBB» (suelo-suelo-balístico-estratégico) sólo alcanzan tres mil kilómetros, con una carga nuclear equivalente a 250 kilotoneladas (radio de acción del «Titán II» americano: 15.290 kilómetros en 1967). El alcance global del átomo francés sólo debe ser conseguido en 1973, con la puesta en servicio de los tres primeros submarinos atómicos, equipado cada uno de ellos con 16 misiles de cabeza nuclear. Con ellos y con las bombas atómicas almacenadas para esa fecha, que deben sumar la potencia de «2.000 bombas-Hiroshima» (declaración del general De Gaulle en julio de 1964) se habrá llegado a la «fuerza de disuasión proporcional», lo que quiere decir que Francia puede causar más destrozos al enemigo de lo que supone la destrucción total de la propia Francia, de donde el enemigo puede quedar «disuadido» de la conveniencia de su ataque. Uno de los fallos esenciales de esta tesis es el no saber cuáles serán las armas, los medios, los sistemas de ataque, de los posibles enemigos de entonces. Teniendo en cuenta la velocidad uniformemente acelerada y el crecimiento en proporción geométrica de las armas de las grandes superpotencias, es posible calcular que, para 1970, el armamento francés no suponga ninguna disuasión real. Basta con pensar en China: en cuatro años, China ha sobrepasado a Francia en armamento nuclear, y probablemente en sistemas de transportes (vectores), a pesar de que se ha considerado a Francia como nación más científica, más industrial y más rica, y a pesar de que Francia lleva dedicando visiblemente once años a este esfuerzo, mientras China sólo le ha dedicado visiblemente cuatro.

La teoría de la «force de frappe» y de su término casi sinónimo, la fuerza de disuasión, es enormemente discutible. Pero hay un punto en que ciertas tesis son irreversibles, no se pueden volver atrás, pase lo que pase. Ailleret llevaba adelante la fuerza de disuasión francesa inventada por De Gaulle y le sumaba todo su entusiasmo y toda su capacidad intelectual, por el hecho de que había sido un precursor del empleo de los cohetes, desde la época en que era oficial de artillería, lo cual le había valido bastantes reproches de sus superiores conservadores. Esta situación le aproximaba mucho al general De Gaulle, que en sus tiempos anteriores a la guerra había preconizado el uso de las fuerzas blindadas como base de la estrategia francesa —sin duda a raíz del examen de algunas de las batallas de la guerra de España— y no había sido escuchado, y Francia había sido derrotada precisamente por fuerzas blindadas. No era solamente esta comunidad de precursores lo que unía a los dos hombres, sino el hecho de que Ailleret, en el momento de la rebelión de Argelia, se había situado rápidamente contra los militares sublevados y a favor del poder establecido. Sus operaciones militares en aquel momento fueron más violentas y rudas de lo que cabía esperar de un hombre que se definía a sí mismo como un intelectual —más aún, como un «intelectual de izquierdas», que había tenido escaso contacto con los terrenos de combate y que había pasado la mayor parte de su vida militar en los despachos y en las aulas; probablemente era una reacción contra el calificativo despectivo de «intelectualista» con que tantas veces se le había motejado; una reacción parecida a la que le había hecho convertirse en paracaidista —apenas salido del campo de concentración de Buchenwald, donde estuvo prisionero durante la Segunda Guerra Mundial— y ostentar ese uniforme precisamente en los actos más «intelectuales» de su carrera. Se le describe frecuentemente como hombre de carácter agrio, violento, escasamente sensible a las presiones exteriores.

Probablemente esta reunión de trazos de carácter le había conducido a realizar una tarea aparentemente imposible, y que vuelve a ser difícil en la hora de su muerte: la conjunción de los tres ejércitos en un solo Estado Mayor. Su prestigio, su implacabilidad y la enorme audiencia de que gozaba en el Palacio del Eliseo le ayudaban a sostener un equilibrio. Sus condiciones de científico, de intelectual —politécnico y doctor en derecho— hacían que sus opiniones fueran respetables y sobrepasaran lo que llamaba «querrela de los botones», aludiendo a los emblemas de los uniformes de marinos, aviadores y ejército de tierra. Estas condiciones habían hecho que el general Ailleret viese, unos días antes de su muerte, prorrogado, hasta 1969, su período como jefe de Estado Mayor Conjunto; no solamente por sus virtudes propias, sino por la dificultad de encontrar otro que supiera vencer las contradicciones del ejército francés. Se dice ahora en París que su sucesor será elegido probablemente entre los generales próximos a retirarse, como una solución de compromiso e inevitablemente provisional que permita esperar que el tiempo esclarezca a cuál de los tres ejércitos va a recaer el honor de segregar un jefe de Estado Mayor Conjunto. (Interinamente, cubre el puesto el general Cantarel.)

Ailleret tenía sesenta años. Esta edad le aseguraba un tiempo por delante en la continuidad de la construcción nuclear francesa, y debía sobrepasar, por lo tanto, en lógica pura, al general De Gaulle. Algunos habían visto en esta mezcla de civil y militar, en este técnico, un porvenir para la dirección de Francia y una garantía no solamente en la continuidad de la estrategia emprendida, sino en la utilización política de esa estrategia. La incógnita que se abre es saber quién dirigirá, en 1973, los proyectiles, el arsenal de 2.000 bombas-Hiroshima, los submarinos nucleares de Francia.